

quistador; si bien no le cogió tan desprevenido que no hubiera hecho entre sus hijos la distribución de sus Estados, dejando á García el de Navarra, á Fernando el de Castilla, y á Ramiro el generoso defensor de la calumniada Doña Elvira, el territorio que hasta entónces formaba el condado de Aragon, añadiendo para Gonzalo el Señorío de Sobrarbe y Rivagorza.

Como no podía menos de suceder, una vez rota la obra laboriosa de la unidad, dejóse campo abierto á la ambición, escitada por la codicia. Entre Ramiro y García no había podido borrar el tiempo la enemistad, naturalmente producida por la infame acusación del segundo y la noble defensa del primero en pro de la virtud ultrajada; y así es que fueron los primeros en venir á las manos mostrándose la fortuna contraria otra vez á Ramiro.

Al mismo tiempo el Rey de Leon aprovechándose de la muerte de Don Sancho, preparóse á recobrar sus antiguos dominios, y anulando las concesiones que había hecho en vida del monarca navarro, entróse con poderoso ejército por el territorio castellano. No apercibido el esposo de Doña Sancha para aquella inesperada invasión, tuvo que reclamar el auxilio de su hermano Don García; y reunidas las fuerzas de ambos, marcharon al encuentro del leonés. En el valle de Tamarón, ribera del río Carrion, empeñóse la fratricida lucha; y antes de terminar el día, la triste Reina de Castilla, que en aquella cruel contienda, sentía divididas las afecciones de su cariño entre su esposo y su hermano, tuvo que llorar la pérdida del último, muerto en lo mas reñido del combate.

Don Fernando prosiguió con su ejército victorioso hasta los muros de Leon; y por mas que al verle llegar los leoneses le cerrasen sus puertas, comprendiendo que, muerto Don Bermudo, era Doña Sancha la legítima Reina, y por consiguiente, su esposo el Rey, le aclamaron al fin dentro de sus muros, con lo que el monarca se hizo ungir y

gar la muerte en los antiguos bosques de Campomanes, lo cual se cree dió motivo al proverbio castellano: «Si la hicisteis en Pajares, pagareis en Campomanes.» En la obra ya citada, que el autor de estas líneas publicó con motivo del Viaje de SS. MM. á Castilla, Leon, Asturias y Galicia, se refiere aquella antigua tradición estense.

coronar Rey de Leon en la iglesia catedral de Santa Maria, por su Obispo Servando el 22 de Junio de 1037.

De este modo tuvo Doña Sancha que ocultar las lágrimas que le arrancaba su fraternal ternura, por no cubrir con triste duelo el engrandecimiento de su esposo; que á veces los poderosos á quienes tanto envidiamos y cuya aparente felicidad nos deslumbra, son mas dignos de lástima que el último de los mendigos.

Estinguida en Bermudo III la línea masculina de aquella ilustre estirpe de reyes de Asturias y Leon, que se remontaba hasta Pelayo y se enlazaba con las dinastías de los antiguos monarcas godos, reuniéronse ambas coronas de Leon y Castilla como para preparar la unidad futura de las monarquías cristianas de la Península; siendo circunstancia notable, como escribe atinadamente el autor de la última historia general de España¹, que, heredada la corona de Leon por Doña Sancha, y adquirida la de Castilla por estinción tambien de la línea varonil de sus condes y por herencia de otra Princesa castellana, esposa del padre de Don Fernando y madre de este, fuesen dos hembras el lazo que unió las familias de Navarra, Castilla y Leon, la base y principio de esa misma unidad, cuyo complemento, no obstante, habrá de diferirse todavía siglos enteros.

Quedaron con tal serie de acontecimientos Don Fernando y Doña Sancha los mas poderosos monarcas de España; y dedicándose á continuar la buena senda de Alfonso V y Bermudo III, redujeron con prudencia y vigor á los magnates y poderosos, siempre inquietos en aquellos Estados, consagrándose á moralizar las costumbres, á hacer cumplir las leyes, á cuidar del orden y la disciplina de la Iglesia, á organizar, en una palabra, los vastos dominios que la Providencia les había confiado. Así vemos unidos siempre á los régios esposos disponer en el concilio de Coyanza todo lo necesario para el buen régimen del Estado y de la Iglesia, empleando el primer periodo de su glorioso reinado «en afianzar la pacificación de sus reinos, en sofocar las ten-

¹ Don Modesto Lafuente.

dencias de los magnates á la rebelion, en dictar reformas para el clero, en establecer las bases de la legislacion, renovando la de los visigodos, y agregando á ella las que las nuevas necesidades de sus pueblos exigian, y en cuidar además de la educacion de sus hijos ¹.»

El cielo habia bendecido la union de los régios esposos con el nacimiento de Urraca, que vió la primera luz tres años antes del advenimiento de sus padres al trono leonés; con el de Sancho en el mismo de la citada coronacion, y con los de Elvira, Alfonso y García despues.

Educada Doña Sancha en los buenos consejos de la que le dió la existencia, comprendió desde luego el sagrado deber que contraia en el momento de ser madre, de dar esmerada y propia educacion á sus hijos; «pues aunque todos los padres reciben la sucesion con esta deuda, los reyes deben esmerarse mas en la satisfaccion, porque sus hijos no nacen para sí, como otros particulares, sino para el bien del Reino, y de los vasallos ²;» y tanto cuidado pusieron en ello, que los historiadores de Leon ³, mencionaron especialmente aquel solícito esmero. De este modo, haciendo instruir á las hijas en las labores propias de su sexo y en los ejercicios de la religion y de la piedad, y amaestrando á los varones en el manejo de las armas y caballos y en los deberes del alto puesto que estaban llamados á desempeñar algun dia, dieron los reyes de Leon y Castilla á sus hijos la mas esmerada enseñanza con arreglo á las costumbres de la época, y á lo que el estado de la ilustracion entonces permitia.

Por desgracia tuvo Doña Sancha que verse de nuevo separada de su esposo por fratricida guerra. El desatentado Don García, siempre consecuente á su carácter irascible, ambicioso é inquieto, entró devastando á mano armada las tierras fronterizas del monarca de Castilla, y despreciando los medios de persuasion empleados por su hermano y las exhortaciones de las personas respetables y prudentes enviadas por Don Fernando para hacerle desistir de sus propósitos, obstinóse

¹ Lafuente.

² El P. Florez.

³ El Silense y el Tudense.

en luchar, y luchó en efecto, para perder la vida en medio de la batalla á manos de una cohorte de caballeros leoneses, antiguos allegados al Rey Bermudo y particularmente adictos á la causa de su hermana Doña Sancha, teniendo que faltar por la violenta cólera del navarro, á la promesa que exigió la Reina á sus capitanes de no quitar la vida á su cuñado, sino de hacerle prisionero.

Mucho afligió el corazon de los monarcas de Leon y Castilla la muerte de Don García; y deseando emplear sus esfuerzos y sus ejércitos en mas altas empresas, empezaron á ensanchar sus Estados, «sacando de la tiranía de los mahometanos muchas ciudades que consagraron al culto del Redentor.» Viseo, Lamego, Coimbra, Gormaz, Berlanga, Aguilera, Talamanca y Alcalá de Henares, vieron ondear triunfantes los pendones de Leon y Castilla; y fué tal el miedo que sus armas victoriosas pusieron en los mahometanos, que el Rey moro de Toledo, Al-Mamun, al ver amenazadas sus comarcas por el ejército cristiano, reuniendo una inmensa cantidad de oro y plata acuñada, telas y vestidos riquísimos, llegó humildemente al campo del Rey, se puso bajo su amparo y proteccion, y le rogó dejase en paz sus merdados dominios. Generoso el esposo de Doña Sancha, retiróse por entonces á la capital de sus Estados, aprovechando aquel período de reposo para seguir en las mejoras interiores de su reino.

Mientras estas gloriosas empresas se llevaban á cabo por el monarca, Doña Sancha influia con gran prudencia y ánimo varonil en las expediciones marciales; «pues la que no podia pelear por sus manos, peleaba por las de todos. Ella era la que, mientras el Rey andaba en las campañas, contribuia con cuanto el ejército necesitaba. Reclutaba soldados, recogia caballos, enviaba armas, proveia de víveres; pero con tal abundancia, que no solo no les faltase nada, sino que todo abundase, á fin de que persiguiesen á los enemigos de la fe con esfuerzo y alegría de los ánimos ¹.»

Pero no olvidando la Reina con las prosperidades de sus ejércitos el

¹ Florez citando al Tudense.